

DIFFICULTÉS DE LA RELIGION PROPOSÉES AU PÈRE MALEBRANCHE PAR ROBERT CHALLE

Pierre Chaunu*

Deloffre, Frédéric, y François Moureau (eds.), *Difficultés de la Religion Proposées au Père Malebranche par Robert Challe*, París, Droz, 2000.

¿Conoce usted a Robert Challe? No importa, usted está invitado a una fiesta del espíritu. Frédéric Deloffre, con la ayuda de François Moureau, revela a un genio poco conocido de nuestra primera mitad del siglo XVIII. Técnicamente, uno tiene que admirar la edición novedosa a partir del manuscrito fiel y completo de la Staats Bibliothek de Munich, siguiendo la mejor tradición de Lorenzo Valla, padre del humanismo crítico, padre espiritual de Erasmo y de la exégesis bíblica más auténtica.

Para Frédéric Deloffre es el feliz término de un largo camino. En 1953 había encontrado “en Holanda, sin querer, cartas de un escritor cuyo nombre descubrí por mera casualidad”. Así, Robert Challe salió del limbo y los críticos honestos tuvieron que redefinir los límites de varios géneros literarios: el género novelesco con sus *Illustres françaises*; el de los diarios íntimos con su *Journal des voyages aux Indes* y la polémica antirreligiosa con sus *Difficultés de la religion proposées au père Malebranche*, texto primero sepultado y luego falsificado.

* Traducido del francés por Jean Meyer.

En 1767, entre los numerosos libros “contra el infame”, apareció *Le militaire philosophe*; Grimm sospechó que el último y más largo capítulo del libro no era del anónimo autor, sino del barón d’Holbach, que lo había transformado en manifiesto ateo y materialista. Gustave Lanson tuvo el mérito de establecer la filiación de ese texto con el manuscrito *Difficultés...* Malebranche (1638) murió en 1715, por lo tanto el texto es anterior a esa fecha. Gustave Lanson y Paul Hazard habían visto que algunos de los textos más violentos contra la religión correspondían a los primeros años del siglo XVIII, a la famosa “crisis de la conciencia europea”.

Ahí les va el “retrato-robot” del posible autor de ambos textos. Nació por 1660 en una familia galicana más cercana a la sensibilidad del Grand Arnauld que del jansenismo estricto. Una familia ultrarrigorista. Tenía una media hermana monja y, al ser quizá destinado al sacerdocio, recibió una buena formación filosófica, rayada de cartesianismo. Se había atribuido la rudeza, la insolencia y el escepticismo del texto al medio militar, pero eso sólo sería válido cincuenta años después. El cambio que vivió el autor fue político. Cuando su protector cayó en desgracia fue dado de baja de la Secretaría de Marina (enero de 1694) y su reconversión literaria chocó con la censura. “Papista”, apoyó al rey Jacobo II a la hora de la Revolución Gloriosa en Inglaterra, y perdió con él. Después de una breve estancia en Ámsterdam se manifiesta un remordimiento destructor: haber participado en la violencia y las estúpidas crueldades de la plebe, exaltada contra

los protestantes franceses, a la hora de la revocación del Edicto de Nantes.

Luego vive un tiempo en el medio del “Temple”, que marcó tanto a su cadete Voltaire, al grado que creíamos leer un texto del mismísimo Voltaire. El texto auténtico, finamente restituido y criticado por Frédéric Deloffre, muestra la distancia que separa la escritura de Robert Challe de la reescritura de d’Holbach, cincuenta años después. Uno piensa un poco en Locke y, más pienso yo, en un Voltaire, el cual quisiera recuperar el deísmo del justo medio, o mejor dicho teísmo, al final de su vida. Deloffre subraya: “persuasión de la inmortalidad del alma, de la existencia de un Dios libre, castigando el crimen, recompensando la virtud”. Deloffre nos enseña el itinerario que va del catolicismo devoto a un racionalismo marcado por sus orígenes religiosos.

Añádanle unos acentos luteranos, una pizca de truculencia a la Rabelais, una sensibilidad a lo Zwingli, algo del rencor protestante herido y de cartesianismo; y, finalmente, el odio prevolteriano contra la Biblia (pero sin odio a Cristo). Lo más importante es lo que intenté sacar a la luz en mi *Basculement religieux de Paris au XVIIIe*, el terrible peso del rigorismo y de un más allá sádico, insulto supremo a la gloria de Dios, un infinito de sufrimientos en una eternidad, por lo mismo mucho peor que el riesgo de una caída sin fin en una impensable nada.

Como Voltaire, quien lo anuncia por todos lados, Robert Challe duda entre el creador *ex nihilo* y el demiurgo. Pero ¡cuál diluvio para regar la moral social! Se trata de salvar

nuestra tranquilidad, nuestra buena conciencia, la libertad, la responsabilidad de castigar a los malos. Lo único que falta en esa meditación es la locura de amor del Dios uno y trino. Robert Challe había sufrido los efectos dolorosos de la “hiperconfesionalización”: “amar a su prójimo como a sí mismo”. La orden viene de lejos. Eso debe estar inscrito en alguna parte de nuestra herencia común. 

EL MEDITERRÁNEO FASCISTA: HISTORIA Y MEMORIA DE UNA TRAGEDIA NO SÓLO ITALIANA

Antonio Annino

Rodogno, Davide, *Il nuevo ordine mediterráneo. Le politiche di occupazione dell'Italia fascista in Europa (1940-1943)*, Bollati Boringhieri, Turín, 2003.

El fascismo italiano sigue siendo (por suerte) un tema muy estudiado, y cada vez con mejores resultados. Acaba de salir un libro de Davide Rodogno que va a pasar a los anales de la historiografía por no pocas razones. La primera es la novedad del tema. Los mejores libros sobre el fascismo han sido siempre los que se han ocupado de los aspectos internos, y la razón es política. El antifascismo que fundó la república italiana en 1946-1950, tras una sangrienta guerra civil (1943-1945), desencadenada por la quiebra del régimen, por la ocupación alemana y por la invasión de los ejércitos aliados, se legitimó con una historiografía militante que obviamente simplificó el *ventennio* mussoliniano. Durante las primeras tres décadas, la imagen

“oficial” fue la de un régimen minoritario que gobernó con recursos represivos un país si no democrático por lo menos no fascista. Sólo en los años setenta la magna biografía de Mussolini, escrita por Renzo De Felice, rompió con el oficialismo antifascista revelando la verdad que todos sabían: el fascismo fue un régimen de consenso masivo, sobre todo entre 1936 (durante la conquista de Abisinia) y 1940. La guerra arruinó un régimen que en sus primeros años fue mirado con simpatía por los Estados Unidos e Inglaterra. Hoy nadie duda de que si Mussolini se hubiera quedado tranquilo como Franco en 1940, su régimen se hubiera salvado. Por supuesto, el costo para Italia hubiera sido otro problema.

A pesar de los avances, el tema de la guerra se quedó al margen de la historiografía, la pérdida de consenso del fascismo siguió siendo un tema “interno”: la pobreza creciente de la población, la frustración de los altos mandos, la poca preparación del ejército, la miopía del *Duce*, las luchas al interior de su corte, etcétera. Otra vez la memoria de los miles y miles de soldados sobrevivientes, que habían luchado en África, Rusia, Europa, se quedó fuera de la historia oficial. Una memoria, sin embargo, presente en la vida republicana, llena de relatos, polémicas, libros biográficos, autodefensas y acusaciones. En fin, la historia de la guerra fascista afuera de Italia se quedó, si no olvidada, reducida a los fracasos militares y diplomáticos, sin los hombres que la hicieron y la padecieron.

Este silencio acerca de lo “humano” en la guerra (a fin de cuentas, el neorealismo

italiano nunca hizo una película sobre el tema) tuvo también razones políticas. La conducta del ejército italiano, aliado del alemán, no estuvo exento de manchas. No fue ni de lejos parecida a la de los soldados de Hitler, pero sí hubo masacres. A la vez, y es cierto, los italianos actuaron también en sentido contrario. Pero la cuestión se quedó en los umbrales de las memorias personales que no podían sobrepasar el lugar común, tan arraigado en el imaginario nacional, de los *italiani brava gente*, un tranquilizante e indefinido mito que permitió por décadas no contestar las preguntas más inquietantes.

Hay que recordar todo eso para evaluar la obra de Rodogno, porque finalmente tenemos un libro que trata, con excelentes fuentes de archivo, el quehacer de la guerra y el comportamiento de las tropas. Más porque el libro se ocupa del Mediterráneo, el espacio geopolítico considerado estratégico por Mussolini, donde las tropas tenían una responsabilidad mayor que en otros frentes. El totalitarismo mussoliniano, aunque menos radical que el hitleriano, quiso conquistar su “espacio vital” donde construir su “hombre nuevo”, hijo de la “nueva civilización” fascista, y este espacio debía ser el Mediterráneo y sus países.

Quizá la novedad más importante del libro es la división en dos partes: la primera trata de las relaciones militares entre el ejército italiano y el alemán, de la estrategia de expansión mediterránea y de la ocupación del territorio sur de la Francia, de los Balcanes, Albania y Grecia; un enfoque relativamente tradicional. Mientras que la segunda

parte, la más larga, reconstruye los aspectos más candentes de las políticas de ocupación: las relaciones con los gobiernos de los países ocupados, la penetración económica, la *italianizzazione* forzada de los territorios anexados, la colaboración, la represión, la deportación de los civiles, y *last but not least*, la “cuestión judía”.

La primera parte es excelente, pero el lector se queda atrapado en la segunda por razones (a este punto) obvias. Sin embargo, hay una cuestión en la primera parte que es decisiva para evaluar la segunda: al analizar las relaciones militares entre italianos y alemanes, Rodogno muestra cómo la progresiva subordinación del ejército fascista a su aliado transformó radicalmente los planes del dominio mussoliniano en el Mediterráneo, en el sentido de obligarlos a una “auto-defensa” cada vez más impuesta por las relaciones de fuerza con Alemania. Lo peor es la radiografía de las reacciones italianas, la frustración y el resentimiento en contra de los alemanes por parte de jefes y militares de cualquier orden y grado. De hecho, la ocupación del “espacio vital” italiano fue posible gracias a la indispensable ayuda alemana, lo cual acabó desde 1941 con la idea misma de imperio, e hizo que un oficial italiano hablara de un “espacio mortal”. La reconstrucción del libro es obviamente más rigurosa que la memoria póstuma de los soldados, pero no hace más que confirmarla.

Lo nuevo de la segunda parte del libro es el balance de las ocupaciones, en particular la de los Balcanes. Formalmente, los italianos fueron los aliados principales de los

fascistas croatas de Ante Pavelic, pero en realidad los que dominaron fueron los alemanes. La debilidad italiana desencadenó un síndrome ambivalente y siniestro. A falta de fuertes aliados internos en Croacia, en Grecia y en Albania, los mandos italianos decidieron resaltar el propio prestigio combatiendo a los resistentes con los mismos recursos de los alemanes, por una parte, y por la otra buscando colaboraciones efímeras donde era posible para diferenciarse (supuestamente) de los nazis. La débil capacidad de competir con la Wehrmacht y con las SS dio así a las políticas de ocupación italiana una naturaleza táctica y oportunista, que pudo parecer diferente de la alemana, pero que en la realidad fue sólo un asunto práctico impuesto por la falta de capacidad militar.

La misma debilidad explica la brutalidad. El análisis de la represión en los Balcanes pone de manifiesto que los métodos represivos en contra de los resistentes y de la población civil fueron debidos a la debilidad política y militar de los ocupantes italianos, además de que estuvieron inspirados en la conducta experimentada en África a lo largo de la conquista de Abisinia en 1936. Así que la fenomenología de la represión italiana no fue diferente de la alemana: la toma de poblaciones como rehenes, la matanza de familias enteras, la quema de bosques para destruir el hábitat de la resistencia y la deportación de la población local fueron moneda corriente. Si hubo una diferencia respecto de los alemanes fue sólo por la frecuencia y la intensidad de las acciones.

Por lo que se refiere a los judíos, sobra la documentación que muestra cómo los refugiados, que escaparon de los nazis y de los *ustasha* de Pavelic, fueron rechazados o entregados. Sobre este punto, el juicio de Rodogno es durísimo: en contra de una tradición historiográfica, él afirma que Mussolini, su gobierno, y los altos mandos, no practicaron ninguna “política humanitaria” hacia los judíos, lo cual obviamente no disminuye el valor de la ayuda que muchos soldados dieron a los perseguidos. Y cuando los mandos italianos no entregaban a los judíos, lo hicieron únicamente por competir con los alemanes y no por un espíritu humanitario.

Por supuesto, hubo diferencia con los alemanes, pero de otra índole, que apunta a la débil “fascistización” del ejército italiano y a la naturaleza del antisemitismo mussoliniano, por cierto diferente del alemán. S. Friedlander (*L'Allemagne nazie et les juifs*, Seuil, París, 1997) definió el antisemitismo alemán como un “antisemitismo redentor”, y por ende exterminador, mientras que el italiano, con su legislación de 1938, buscaba la exclusión de la vida nacional, *separándolos* de los no judíos. En definitiva, Mussolini programó la muerte civil y no física, para estimular la emigración judía hacia otros países fuera del “espacio vital” mediterráneo. Por supuesto, queda pendiente la pregunta: ¿qué hubiera pasado a los judíos italianos si el eje Mussolini-Hitler hubiera ganado la guerra? Si es cierto que en los Balcanes, entre 1941 y 1943, el ejército italiano no practicó una clara política de deportación, lo cual no impidió el rechazo y la entrega a los *ustasha* y a

los alemanes, es también cierto que en Italia, entre 1943 y 1945, durante la guerra civil, el ejército fascista de la pequeña República de Saló (el último reducto de Mussolini tras su destitución) deportó activamente a judíos en los trenes que salían hacia Auschwitz (uno de los deportados fue Primo Levi), y hasta construyó en las afueras de Trieste un “pequeño” campo de exterminio.

La impresión que se tiene leyendo el libro, es que el antisemitismo fascista durante la guerra fue diferente del alemán por factores accidentales, y que se debilitó en la medida en que fue evidente a oficiales y soldados que no sólo Italia no podía competir con Alemania, sino que ambos iban a perder la guerra. La crisis del régimen empezó fuera de Italia, ahí donde los soldados vivieron la pérdida de los mitos todavía vivos en la patria, y esta pérdida se manifestó en distintas formas, incluso también salvando judíos. Sin embargo, no hay que confundir estos comportamientos *individuales* con el mito de los *italiani brava gente*. Como apuntó Renzo De Felice, las leyes antisemitas de 1938, y la consiguiente propaganda, no disminuyeron ni un ápice el consenso entusiasta hacia Mussolini. Así que los comportamientos humanitarios, cuando los hubo, no se pueden interpretar como una reacción en contra del régimen. Se trató más bien de un malestar psicológico, a veces moral, que nunca adquirió sentido político, como nunca fue político el malestar provocado por las formas más demagógicas y teatrales de los rituales fascistas.

Sin embargo, en los frentes de la guerra la realidad fue otra. Ahí la liturgia mussolinia-

na, al contrario de la hitleriana, no pudo funcionar como forma de legitimización del poder ni como recurso para manipular y controlar las masas de soldados. Lanzado al azar en una guerra improvisada, el ejército italiano se desmoronó ideológicamente después del primer año de guerra. La tropa se quedó ni del lado fascista ni del antifascista, y el contacto prolongado con las “razas inferiores” en los Balcanes diluyó aún más la ideología musoliniana. Fue en este contexto que, a pesar de la brutalidad de la represión italiana, la de los nazis y la de los *ustasha* croatas fue percibida como excesiva. Los altos mandos y los oficiales italianos describieron en sus informes los horrores que vieron, lo cual, sin embargo, no modificó la postura política de fondo. El comando de la División Pinerolo, por ejemplo, en febrero de 1942, definió su conducta hacia las poblaciones civiles de Croacia como “equitativa”, inspirada en un “sentido de alta justicia y humanidad”, típica de la “raza italiana”; los balcánicos eran “rústicos y primitivos”, pero la violencia de los alemanes era típica de la “raza bárbara”. La documentación presentada por Rodogno muestra cómo el comportamiento de los altos mandos italianos, inspirado por el “superior nivel de civilización”, buscó fundar una identidad de la “raza italiana” diferente de la balcánica y alemana. El conquistador fascista no era “sentimental”, ni primitivo ni bárbaro, sino “justo” y “humano” por ser italiano y fascista.

¿Y los soldados rasos? El libro muestra sus deudas con obras ya clásicas: la de Claudio Pavone (*Una guerra civile. Saggio sulla moralità nella Resistenza*, Bollati Boringhieri, Turín,

1991) y la de Philippe Burrin (*La France à l'heure allemande*, Seuil, 1995), que han estudiado por primera vez el amplia “área gris” que se establece entre ocupantes y ocupados, un espacio de interacción ambivalente e incontrolable, donde individuos y grupos, traumatizados por la violencia de la guerra, buscan sobrevivir comunicando. El quinto capítulo de Rodogno, los “Conquistadores”, es quizá el más importante para contestar a las tantas preguntas que se quedaron pendientes. No cabe duda que el mando supremo se dio cuenta casi inmediatamente (1941) de que los soldados no sólo no eran una “raza de conquistadores”, sino que tampoco estaban en condiciones de vivir la experiencia de la ocupación militar por falta de formación ideológica, política y militar. De ahí los esfuerzos para fortalecer la “moral” de la tropa, con la asistencia espiritual (los sacerdotes), material (deporte, periódicos, música, etc.) y sexual (los burdeles). Lo interesante es que para lograr este objetivo, los oficiales no se apoyaron en el PNF (*Partito Nazionale Fascista*) y en su propaganda, así que este importantísimo renglón se quedó fuera del “modo fascista” de hacer las cosas (como decía el *Duce*). Nada extraño entonces que el comportamiento de la tropa siguiera patrones “italianos”, como en el caso (obvio) del sexo. Los altos mandos tuvieron que reconocer que “buenos por naturaleza, los soldados italianos frente al llamado del sexo olvidan cualquier afecto sagrado, cualquier vínculo íntimo, cualquier deber evidente”. El ejército alemán tenía sus burdeles con mujeres seleccionadas según los principios nazis de las “razas”, mientras que el italiano (como ex-

presó un oficial) recurrió al “mercado local”, sin ningún límite y escandalizando a los alemanes. La supuesta “raza superior” en este caso no tuvo ningún problema al mezclarse con las “razas inferiores”, balcánica o judía que fuera. Se queda emblemática la entusiasta declaración de un oficial italiano en Karlovac (ciudad croata cerca de Zagabria) a propósito de una joven mujer recién conocida: “Con su maravillosa sonrisa de gitana se parece a una italiana del Sur”. Con acierto, Rodogno anota: “es difícil imaginar a un oficial de la Wehrmacht que equipara a una joven gitana o polaca con una alemana”. Y sin olvidar el “horror” de un Oberleutnant describiendo a sus superiores a unos oficiales italianos sentados en el “Café Grodaska” de Dubrovnik (en la costa de Dalmacia) acompañándose con mujeres judías.

Estas escenas parecen sacadas de una película, y sin embargo no hay que olvidar los desafíos que, en su aparente sencillez estereotipada, plantean a un historiador como Rodogno. Lejos de mostrar el triunfo de un supuesto “carácter nacional” (el sempiterno *italiani brava gente*), la historia cotidiana de los soldados italianos en los Balcanes, como en otros países ocupados, muestra sólo un ejército abandonado a sí mismo por un régimen inepto y cruel con sus mismos ciudadanos, de los cuales seguía celebrando enfáticamente las “virtudes guerreras”. Estos mismos soldados, tan “italianos” con las mujeres, son los mismos que fueron obligados a adaptarse a las brutalidades de una guerra que no conocían por no tener ninguna formación militar. Sus reacciones en contra de las poblaciones locales, más

que planeadas, fueron en gran parte una reacción de miedo y de frustración. Rodogno encontró una imagen muy acertada para definir el fenómeno: “desaparición del horizonte colectivo”, algo que no se dio ni de lejos entre las tropas alemanas, ni en 1945, cuando la guerra estaba claramente perdida.

Se podría hablar y escribir mucho más acerca de este libro, pero me parece que los puntos trascendentes son finalmente dos. La destrucción, seria, argumentada, documentada, del mito que por décadas ha tranquilizado la memoria colectiva de los italianos, según el cual el “carácter nacional nuestro no es como el alemán”, y por ende “nuestra guerra fue distinta”. Segundo punto: si la guerra no fue idéntica a la de la Wehrmacht, fue sólo por incapacidad militar y no por “humanitarismo”. Cuando lo hubo, se trató de comportamientos individuales. Así que este libro abre el problema. 

AL OESTE DEL EDÉN

Ricardo Aragón

Delumeau Jean, *Historia del Paraíso 1. El Jardín de las Delicias*. México, Taurus, 2003 (traducido del francés, París, 1992).

El sueño de una vida mejor, plena de comodidades y con total ausencia de conflictos y sufrimientos, ha dejado huella en el subconsciente colectivo de las más diversas culturas desde hace ya varios milenios. Jean Delumeau –autor del aclamado *El miedo en Occidente*– explora, en la primera parte de

una trilogía dedicada a revelar la historia de la nostalgia por el edén perdido, las diversas influencias que ha recibido la concepción cristiana del paraíso, la cual forma parte fundamental de la mentalidad de Occidente

Para revivir esos sueños de felicidad, DeLumeau recurre a las fuentes originales de la edad media, época en que se gestó la amalgama de ideas y creencias que dieron forma al paraíso que, aun hoy, subsiste en nuestra estructura mental, aunque despojada de su carga moral y religiosa. A través de los textos de, entre mucho otros, San Justino Mártir, Lactancio, San Basilio el Grande y Dante Alighieri, y del influyentísimo apócrifo que dio inicio a la leyenda del reino del Preste Juan, se nos desvelan una a una las influencias clásicas que contribuyeron a enriquecer el paraíso terrenal heredado del Génesis. ¿Terrenal? En efecto. Sobre la concepción de Hesíodo y de Platón, de un periodo de oro, que se refiere más a un tiempo que a un lugar, o incluso sobre la del Antiguo Testamento, en la que el edén no tiene una ubicación geográfica específica, triunfa la idea de un paraíso como un lugar determinado, inaccesible o aún no descubierto que se acerca más a la propuesta de Homero y Horacio.

A pesar de que diversas voces de eruditos cristianos como Filón, San Efrén u Orígenes se pronunciaron a favor de una interpretación alegórica del texto bíblico e intentaron negar la existencia física del jardín del edén, prevaleció la opinión de otros teólogos que, como San Teófilo de Antioquia, San Hipólito o Epifanio, hicieron eco del texto precristiano *El Libro de los Jubileos*, afirmando que

el paraíso podía ubicarse geográficamente y que nunca había desaparecido de la faz de la Tierra. A la afirmación de esta teoría en el imaginario cristiano contribuyeron en gran medida Isidoro de Sevilla y Beda el Venerable, pero sin lugar a dudas fue Santo Tomás de Aquino quien dijo la última palabra sobre la existencia terrenal del paraíso, “tan distante del conocimiento humano [...] inaccesible quizá debido a los montes, o mares, o regiones muy calurosas que no pueden ser atravesadas. Por eso los geógrafos no mencionan ese lugar”. ¿Y hacia dónde habría que viajar para encontrar el paraíso, según el santo dominico? Hacia el Oriente por supuesto, pero cercano al ecuador, ya que más al sur, según Aristóteles, no sería habitable “a causa del calor”. Otros, como Roger Bacon, diferían ligeramente de Santo Tomás y creían que el paraíso podía encontrarse al Oriente, pero al sur del ecuador.

Algunos siglos más tarde Cristóbal Colón reviviría esa polémica, ya que estaba convencido, después de haberse topado con América, del carácter habitable de las zonas ecuatoriales y, por ende, de la posibilidad de que en las nuevas tierras se encontrara el paraíso terrenal. Entre los numerosos historiadores del siglo XVI que coincidieron con Colón encontramos a Francisco López de Gómara, Antonio de Herrera, al padre Joseph de Acosta e incluso al hijo de un marrano portugués, Antonio de León Pinelo, quien en un libro que no fue publicado sino hasta el siglo XX afirmaba categórico que los cuatro ríos del paraíso eran el Río de la Plata, el Orinoco, el Amazonas y el Magdalena.

El texto aborda de igual forma el proceso mediante el cual perdimos el paraíso, con particular énfasis en el periodo comprendido entre la publicación del *Paraíso perdido* de Milton y las *Épocas de la naturaleza* de Buffon. En ese lapso de poco más de cien años Voltaire, Lord Bolingbroke, Lineo y David Hume, por citar sólo algunos, restaron importancia, cada uno en su particular estilo, a la idea de una creación espontánea, divina, y abrieron camino a la investigación científica que resultaría en las teorías evolucionistas del siglo XIX.

¿Es factible ocuparse de una creencia religiosa arcaica, olvidada y superada por el pensamiento científico? ¿Era necesario ocuparse de ese tema en un mundo tecnificado, deshumanizado y que vive a un ritmo vertiginoso? Según el autor, es válido, puesto que aún no hemos superado la pérdida del paraíso y porque su imagen sigue estando presente en nuestras estructuras mentales, aunque con una connotación distinta. Así como Rousseau y Kant añoraban el “estado de naturaleza” y Baudelaire buscaba los paraísos artificiales, el hombre de hoy sigue en posesión de su paraíso particular. Si no, preguntemos a los millones de turistas que año con año se desplazan a sus edenes, de los que son expulsados, irremediamente una y otra vez, para volver a ganarse el pan con el sudor de su frente. 

CUANDO LA EDAD MEDIA NOS ALCANCE

Rogelio Aragón

Cantor, Norman F., *Inventing the Middle Ages*, William Morrow and Company, 1991, 477 p.

Es un acuerdo más o menos común entre los historiadores el denominar al milenio comprendido entre la caída del imperio romano y la caída de Constantinopla como edad media, aunque no faltan los estudiosos que ven su inicio en la adopción del cristianismo como religión oficial de Roma y otros que datan su fin con el descubrimiento de América. En francés, alemán, italiano y español se prefiere utilizar el término en singular; en inglés se ha decidido llamarlas “edades medias” para representar lo variado y heterogéneo del periodo. Pero más allá de la definición cronológica o de su denominación en plural o singular, la edad media ha despertado la intriga, la curiosidad y el interés de los medios tanto académicos como no académicos. Desde el clásico *Ivanhoe*, las claras reminiscencias medievales del *Señor de los Anillos* de Tolkien, *El nombre de la rosa*, las grandes producciones de Hollywood al estilo *Robin Hood*, *Braveheart* y la poco ortodoxa película para niños *Shrek*, hasta las obras monumentales de George Duby, Jacques Le Goff, Marc Bloch, Chartier y J. Huizinga, la edad media vive y persiste en el imaginario de Occidente, no sólo en sentido figurado, sino en estructuras, formas y contenidos de nuestra vida cotidiana. Gran

parte de nuestras creencias, costumbres, leyes, miedos e instituciones todavía huelen al medioevo.

Noman F. Cantor, autor de una docena de libros sobre la edad media y profesor de historia en la Universidad de Nueva York, propone en *Inventing the Middle Ages* un acercamiento analítico a la historiografía producida sobre el tema durante el siglo XX con el propósito de hacer una revisión de la forma en que se nos ha transmitido y enseñado la noción de edad media, y cómo nos hemos inventado una representación mental de ella a partir de la interpretación particular de los que se han dedicado a investigarla: “[I]o que más me interesa de todo es la forma en que las experiencias de vida y el medio cultural de los medievalistas se han integrado en sus reflexiones conscientes del mundo medieval. Al escribir y leer historia, evidentemente llevamos a cabo un psicoanálisis en el que nuestras ansiedades, esperanzas, miedos, gustos y desilusiones interactúan con lo aprendido, con lo descubierto [...] Las ideas que de la edad media han articulado los grandes maestros varían sustancialmente unas de las otras. El libreto y la partitura con que trabajan son los mismos. La verdad, por lo tanto, no se encuentra en los detalles, sino en las interpretaciones”.

Con ausencias notables –por no decir lamentables–, Cantor nos ofrece un amplio espectro de eminentes medievalistas que inicia con Frederic William Maitland y sus esfuerzos por desentrañar los orígenes del sistema judicial inglés –que fue trasladado y aún sobrevive casi inalterado en los Estados

Unidos–, recorre fugazmente la vida y obra de Schramm y E. Kantorowicz, rinde homenaje a H. Halphen y M. Bloch, analiza el formalismo de E. Panofsky, y culmina con la paulatina pérdida de sus maestros –Mommesen, Knowles, Strayer–, con los trabajos y las ideas de los “enanos que alguna vez se pararon sobre sus hombros” y con un estudio monográfico de los *outsiders* (término utilizado tanto en ciencias sociales como en ciencias naturales para describir datos o hechos aislados surgidos durante el curso de una investigación que contradicen o no siguen el mismo patrón de los demás, algo así como “las excepciones que confirman la regla”), es decir, los que disienten con las concepciones tradicionales de la edad media o que incluso tienen un punto de vista negativo de ella.

De forma similar a algunos textos de Umberto Eco y Georges Duby, Cantor encuentra paralelismos entre el mundo actual y la edad media. De hecho, afirma que estamos viviendo una segunda era de “retromedievalismo” mucho más profunda y de mayores alcances que la primera, el romanticismo del siglo XIX.

¿En qué consiste exactamente este nuevo “retromedievalismo”? Hacia el fin del siglo XIII muchas voces se alzaron en contra de todo aquello que parecía estar mal en el mundo. Un tremendo sentido de pesimismo predominaba entre los intelectuales medievales. Condenas contra la corrupción, el mal, el materialismo y la injusticia proliferaban a la par con mensajes de esperanza en un futuro mejor. Hoy, el mundo entre siglos se

muestra discordante, ambiguo, intolerante y nos intenta “narcotizar con los hallazgos de la modernidad”. Sin embargo, muchas voces se alzan para denunciar y otras tantas para dar un soplo de esperanza. Y así como el mundo medieval obtuvo su sello distintivo en la dialéctica entre lo mental y lo material, nuestro tiempo se ha moldeado en la discordancia entre la tecnología y lo social. “Cuando reflexionamos sobre las catástrofes biomédicas, ambientales, bélicas y económicas que nos acechan en el horizonte desde la última década del siglo anterior, no podemos reprimir nuestra ansiedad ante el resurgimiento de una medieval disparidad entre la intelectualidad y los aspectos negativos de la existencia social”.

Ante tal escenario de infranqueables abismos sociales, tecnológicos e intelectuales, ¿qué nos depara el futuro? ¿Continuaremos en el camino hacia una nueva edad media? “Al igual que el imperio romano, la edad moderna se desmoronará a causa de las grietas de su desordenada grandeza, aun a pesar del deseo de los muchos y el interés de los privilegiados por mantenerla. Y en las lóbregas calles de las ciudades en ruinas donde se encontrarán mil millones de humildes habitantes, nuestros héroes y santos nos mostrarán cómo empezar la historia de nuevo”. ❧

LA VERDAD DE LA GUERRA

José Antonio Correa

Orwell, George, *Orwell en España*, Barcelona, Tusquets, 2003, 460 pp.

Los años treinta constituyen uno de los periodos más oscuros del siglo XX, al menos en Europa. La gran depresión iniciada en 1929 daba paso a los totalitarismos soviético y nazi, ambos regímenes deleznable que proyectarían una larga y pesada sombra sobre el resto del mundo en la siguiente década. En ese ambiente, no es de extrañar que un observador perspicaz como George Orwell diese con las angustiantes ficciones de *Rebelión en la granja* y *1984*. La primera, una fábula acerca de la corrupción en que había degenerado la Revolución rusa; la segunda, un relato que lleva a los extremos y generaliza para todo el mundo la situación que se vivía en ese entonces en la Alemania nazi y en la Rusia estalinista.

Por supuesto, las experiencias que vivió Orwell sirvieron de alguna forma como base para estas novelas, y una de ellas fue sin duda su participación en la guerra civil española. De hecho, esta es una de las maneras en que puede uno aproximarse al libro *Orwell en España*, subtítulo “*Homenaje a Cataluña*” y otros escritos sobre la guerra civil española. Como se indica, el libro está construido en torno de la obra *Homenaje a Cataluña* que Orwell escribió tan sólo seis meses después de haber salido de España.

Orwell en España puede dividirse en tres partes: una primera, con la correspondencia entre Orwell y personas allegadas, que se da a lo largo de la estancia del autor en España; una segunda parte constituida por *Homenaje a Cataluña*; y una tercera con la correspondencia, los artículos y las reseñas que Orwell escribió sobre la guerra civil en los años pos-

teriores a su salida de España. Todo ello está precedido por el excelente prólogo de Miquel Berga que sitúa a *Homenaje a Cataluña* dentro del contexto histórico de la época, estudia su relación con el resto de la obra de Orwell y habla del valor literario de la obra por sí misma.

La selección de escritos de Orwell relacionados con la guerra estuvo a cargo de Peter Davison, quien realizó un trabajo excelente por su detalle. La elección de textos es muy buena en tanto que ayuda a ver con claridad cuáles fueron los temas y las vivencias de la guerra civil que marcaron a Orwell de por vida. Sin embargo, dado lo exhaustivo de la selección, a veces puede resultar un poco tedioso leer de corrido correspondencia en la que, por ejemplo, Orwell agradece a su esposa por la margarina y los puros que le envía al frente.

Por otra parte, es recomendable leer primero *Homenaje a Cataluña* y después la correspondencia de Orwell durante su estancia en España, ya que si bien es correcta cronológicamente la forma en que está estructurado el libro, sin duda se pueden comprender mucho mejor las misivas, a veces un poco deshilvanadas, sabiendo *grosso modo* cuál fue la experiencia de Orwell en España, según la relata él.

La estrella del libro es, por supuesto, *Homenaje a Cataluña*, un recuento autobiográfico que Orwell hace de los ocho meses que estuvo enrolado en las filas republicanas que luchaban contra Franco. La experta pluma de Orwell nos guía a través de los distintos episodios que lo llevarán de su ino-

cia revolucionaria inicial a las desilusiones de la realidad política del bando republicano. Todo ello sin caer nunca, cosa admirable, en la desesperación de una causa que pudo haberse dado por perdida.

De esta forma, Orwell nos lleva a la Barcelona revolucionaria y optimista de los primeros meses de la guerra civil; nos relata con realismo crudo los cuatro meses que vivió en el frente de Aragón, en donde –escritor consumado– describe la lucha contra el frío y el hambre, muchas veces más importante que la lucha contra los fascistas, así como la escasa capacidad de muchos de los milicianos, al punto que la primera baja en su contingente fue “significativamente, causada por nosotros mismos” (p. 84), presagiando así los enfrentamientos que, retornando del frente, presenciaría entre comunistas y anarquistas en Barcelona. Finalmente, asistimos a su regreso al frente, tan sólo para ser herido en la garganta y regresar a Barcelona, donde se había desatado una persecución en contra del partido de cuyas milicias había formado parte, obligándolo a abandonar definitivamente España.

La obra cierra con dos apéndices que en la edición original estaban intercalados entre los capítulos de la narración biográfica y que en esta edición se encuentran al final, siguiendo el deseo formulado por el propio Orwell para ediciones posteriores de la obra. Esto último constituye un acierto en tanto que los apéndices se diferencian claramente del tono autobiográfico del resto de la obra. En éstos se encuentra un análisis político de la cuestión española, no sólo entre el bando

fascista y el de la República, sino también al interior del bando republicano, cuyas fracturas serían nefastas. En estas partes podemos ver el pesimismo que comienza a envolver a Orwell al ver la posición represora que toman los comunistas hacia el resto de la izquierda, así como la forma en que se distorsionan los enfrentamientos ocurridos en Barcelona, culpando de cosas que nunca pasaron a un partido en específico.

De hecho, esto último, el revelar lo que realmente sucedió durante los enfrentamientos de mayo en Barcelona, se convertirá en una de las obsesiones de Orwell. Testimonio de ello es su correspondencia y sus artículos de la última parte del libro. Al final, la frustrante experiencia de intentar desmentir la falsedad de la versión comunista de los hechos lo llevará a la terrible conclusión formulada en el escrito *Recordando la guerra civil española* (1943): “lo que es característico de nuestro tiempo es la renuencia a la idea de que la historia podría escribirse con veracidad” (p. 419). Nótese que Orwell no dice que la historia sea la verdad –siempre habrá tendencias subjetivas cuando se escriba– lo que le indigna es que ni siquiera se conciba el escribirla apeándose a hechos verdaderos. Como puede verse, *1984* no está muy lejos de aquí.

Después de *Homenaje a Cataluña*, este es sin duda el texto con mayor interés del libro. *Recordando la guerra civil española* constituye las conclusiones políticas que Orwell ha podido sacar de la guerra, así como de la actuación de ciertos bandos durante ésta. En

lo que es su sello distintivo, rechaza cualquier tipo de autoritarismo y cacería de brujas, no importa a nombre de qué se den éstas, y reafirma su creencia en la auténtica causa obrera: la lucha por una vida digna para los obreros.

Vistas a más de sesenta años, algunas de las opiniones de Orwell sin duda están fuera de lugar. Una de las más claras es su idea implícita de que el fascismo y la “democracia burguesa” son dos versiones de una misma cosa, algo que pocas personas estarían dispuestas a admitir hoy en día. Pero ya el mismo Orwell parece adelantarse a esta crítica: “tenga cuidado el lector con mi partidismo” (p. 204), nos advierte al final de *Homenaje a Cataluña*. De hecho –y he aquí el auténtico mérito de Orwell– su socialismo no le impide ver que los medios son tan importantes como los fines. Esto lo lleva a ser un auténtico defensor de las libertades más tradicionales y “burguesas”, como son la libre expresión o la libertad de reunión, tan amenazadas en las décadas de los treinta y cuarenta.

Consciente como pocas personas de lo nefasto de los fanatismos y de las posiciones inflexibles, Orwell nunca se presenta como el detentador de la verdad, él tan sólo luchó por lo que creía justo y bueno. Dispuesto a rectificar y tratando de ser imparcial hasta donde lo permitiese “la inevitable distorsión que nace del hecho de haber presenciado los acontecimientos sólo desde un lado” (p. 204) *Orwell en España* da testimonio del liberal, que ante todo y tal vez a su pesar, era George Orwell. ❧

UNA BELLA ÉPOCA

José Alberto Moreno

Dugast, Jacques, *La vida cultural en Europa entre los siglos XIX y XX*, trad. de Godofredo González, Barcelona, Paidós-Orígenes, 2003.

El recuerdo de la *Belle Époque* ha provocado entre escritores y artistas de los últimos ochenta años suspiros nostálgicos y ensoñaciones melancólicas por la recuperación de un tiempo perdido. Sobre esta línea, Jacques Dugast, profesor de literatura comparada y general de la Universidad de Rennes II-Haute Bretagne, ofrece un panorama monográfico de los cambios culturales y sociales que se dieron en la población urbana europea entre 1880 y 1914, bajo la premisa de que toda época de cambio trae consigo su respectiva crisis, que en el caso de la Bella Époque dio origen a unas pautas culturales que siguen vigentes hasta nuestros días.

Las invenciones tecnológicas de finales del siglo XIX (la luz eléctrica, el teléfono, el telégrafo y el motor de combustión interna, por citar algunos) agilizaron las comunicaciones y los medios de transporte de las clases altas y medias de las ciudades europeas. De igual manera, en una tendencia surgida con la revolución industrial, los espacios urbanos se transformaron en grandes metrópolis con unos cuantos millones de habitantes. Estos cambios en el paisaje se vislumbraban como la prueba máxima del progreso, cuyo *télos*, en el mejor de los casos, llevaría a una era de comodidades y de ocios intelectuales para la población entera. Como resultado de estas

transformaciones, los habitantes de las grandes ciudades europeas se redefinían como ciudadanos de Estados nacionales con cierta inclinación al cosmopolitismo, expresada a través de un gusto desbordado por lo exótico y lo sensual del *art nouveau*.

Los continuos contactos entre intelectuales y artistas de diversas nacionalidades europeas favorecieron al intercambio de ideas y tendencias artísticas, construyeron una red cultural allende las fronteras nacionales y generaron fuertes vínculos en lo que el autor denomina relaciones culturales internacionales. Es interesante destacar que en la medida en que las relaciones políticas entre los Estados europeos caían en mayores tensiones a finales del siglo XIX, los intercambios culturales entre particulares e instituciones académicas se acrecentaban de una manera insólita.

El propósito central del libro es mostrar la riqueza de estos intercambios culturales como el fundamento de la construcción de una identidad cultural europea. Intercambios que por sí mismos propiciaron los movimientos de vanguardia del siglo XX y transformaron nuestra perspectiva de las artes y de la historia del pensamiento. A pesar de esto, resulta paradójico que Dugast decida categorizar los intercambios culturales con una suerte *demodé* de centro-periferia, dando preeminencia a la vida cultural parisina, vienesa o berlínesa, y manteniendo en segundo y tercer término a los intelectuales de la periferia europea (Escandinavia, Rusia y los demás países eslavos, las naciones mediterráneas y la Gran Bretaña), como una es-

pecie de espectadores o de simples adaptadores de las modas culturales del centro.

A medida que las relaciones entre artistas e intelectuales se hacían más intensas, se homogeneizaba el gusto de las clases urbanas, lo que bien podemos definir como la primera cultura de masas. Con la aparición de órganos de difusión cultural como las publicaciones de gran tiraje y de muestras como las exposiciones mundiales, el público se entrelazaba con las grandes discusiones artísticas conversando en un café, atendía las novedades tecnológicas, o se entretenía con fastuosos espectáculos internacionales (como el cinematógrafo, el *music-hall* o los primeros partidos de fútbol); en fin, había nacido el fenómeno de la cultura masiva. Para el autor, estas nuevas pautas culturales de

entretenimiento son un primer indicio de la homogeneización de los comportamientos en el continente, interrumpidos por la primera guerra mundial, pero que perduraron como símbolos de una época obsesionada por el progreso y por lo novedoso.

En conclusión, el libro de Dugast no pretende ser un espejo de nuestro fin de siglo, nuestra *Belle Époque* como la llamó L. Kolakowski, sino una breve revisión de la cultura europea en el periodo comprendido entre el cambio del siglo XIX hasta la primera década del XX. Jacques Dugast hace el estudio de una era de contradicciones, entre el auge económico y el esplendor intelectual, frente a la decadencia política de los años previos a la gran guerra europea. Una reflexión de tiempos pasados. 